

“El que se humilla, será enaltecido”
Sal. 131; Pr. 25:2-10; Heb. 13:1-17; Lc. 14:1-14

Hohenau,
Cap. Miranda,
Jesús.

1. El que se humilla

“Cuando un hombre nace otra vez del Espíritu de Dios y es libertado de la ley, es decir, librado de este capataz, y es guiado por el Espíritu de Cristo, vive según la inmutable voluntad de Dios encerrada en la ley; y por cuando ha nacido otra vez, lo hace todo con un espíritu libre y gozoso (1 Ti. 1:19; Ro. 6:8; 14). Y las obras que hace no se pueden llamar estrictamente obras de la ley, sino obras y frutos del Espíritu... Pues tales personas ya no están bajo la guía de la ley, sino bajo la gracia, como dice San Pablo en Romanos 8:2 (Ro. 7:23; 1 Co. 9:21).

Puesto que los creyentes, mientras vivan en este mundo, no se hallan completamente renovados, sino que el viejo hombre se adhiere a ellos hasta la sepultura, permanecerá siempre en ellos la lucha entre el espíritu y la carne. Por lo tanto, se deleitan por cierto en la ley de Dios según el hombre interior, pero la ley en sus miembros lucha contra la ley en su mente; por consiguiente, jamás están sin la ley y sin embargo no están bajo la ley... [sino bajo la gracia].

En cambio, el viejo Adán, que aún se adhiere a ellos, debe ser instigado no sólo con la ley, sino también con castigos... [Así que] la ley también es necesaria para los creyentes a fin de que no... establezcan cierta forma de culto divino, independiente de la Palabra y el mandato de Dios. Todo esto se prohíbe en Deuteronomio 12:8, 28, 32: ‘No hará... cada uno lo que bien le pareciere, etc., sino guarda y escucha todas estas cosas que yo te mando... No añadirás a ello, ni de ello quitarás.’ [Porque] el hombre puede fácilmente imaginarse que su vida y las obras que hace son enteramente puras y perfectas. Pero la ley de Dios prescribe a los creyentes buenas obras, de este modo:¹

“**No te alabes** delante del rey, ni estés en el lugar de los grandes” (Pr. 25:6). “**No entres** apresuradamente en pleito, no sea que no sepas qué hacer al fin” (Pro. 25:8). “**No os olvidéis** de la hospitalidad... acordaos de los presos... de los maltratados... de vuestros pastores” (Heb. 13:2, 3, 7). “**Obedeced** a vuestros pastores, y sujetaos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas” (Heb. 13:17). “De hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis” (Heb. 13:16). “Permanezca el amor fraternal” (Heb. 13:1). “Honroso sea en todos el matrimonio, y el **lecho sin mancilla**” (Heb. 13:4). “Sean vuestras **costumbres sin avaricia**” (Heb. 13:5) “**No os dejéis llevar** de doctrinas diversas y extrañas” (Heb. 13:9).

Ahora bien, ¿“cómo y por qué... [estas] buenas obras de los creyentes, aunque en esta vida son imperfectas e impuras debido al pecado que mora en la carne son, no obstante aceptables y agradables a Dios”?... **El evangelio enseña que nuestros sacrificios espirituales son agradables a Dios porque nacen de la fe y se hacen por causa de Cristo** (1 P. 2:5; Heb. 11:4, 13:15). Por esta razón los cristianos no están bajo la ley, sino bajo la gracia, porque mediante la fe en Cristo las personas están libres de la maldición y condenación de la ley; por lo tanto sus obras buenas, aunque todavía imperfectas e impuras, son aceptables a Dios por medio de Cristo. Además, por cuanto han nacido de nuevo según el hombre interior, hacen voluntaria y espontáneamente lo que es agradable a Dios, no por coerción de la ley, sino por la renovación del Espíritu Santo. Sin embargo, sostienen una lucha constante contra el viejo Adán.

Pues el Viejo Adán, como un asno indómito y contumaz, es aún parte de ellos y necesita la coerción para que se someta a la obediencia de Cristo, no sólo por medio de enseñanza, exhortación, y amenaza de la ley, sino también por el frecuente uso del garrote del castigo y la miseria hasta que la carne pecaminosa es vencida y el hombre es completamente renovado en la resurrección... Por eso rechazamos y condenamos, como pernicioso y contrario a la verdadera piedad y disciplina cristiana, la doctrina errónea que [sostiene que] la ley, en la manera y medida indicada anteriormente, no ha de ser instada a los cristianos y verdaderos creyentes.”² Notamos

¹ Libro de Concordia, FC DS, art. VI § 17-21.

² Libro de Concordia, FC DS, art. VI § 22-24.

en Jesús que él sí insta a humillarse, cuando les dice: **“Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido”** (Lc. 14:11). A lo que el salmista responde, diciéndole al Señor: Tienes razón por eso **“no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; no anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí. Me comportado y he acallado mi alma como un niño destetado de su madre”** (Sal. 131:1-2).

Queridos hermanos: Cuando creemos saber todas las cosas; cuando miramos con una actitud de superioridad al hermano que tenemos enfrente; cuando las cosas no resultan como esperábamos, y nos quejamos de eso, o comenzamos a echar la culpa a las personas de nuestros propios problemas personales; en lugar de quejarse, es saludable y necesario detenerse, y pensar un poco, si tal vez, soy yo el que no tiene la razón; si tal vez, soy yo el ignorante sobre ese o aquel tema; si tal vez, soy yo el que esté equivocado. Porque cuando Jesús dice a las personas **“cualquiera que se enaltece, será humillado”** (Lc. 14:11), se lo dice a los **“intérpretes de la ley y a los fariseos”** (Lc. 14:3), es decir, a personas que se creían preparadas, que se consideraban a sí mismas expertas en materia de religión. Pero, ¿qué pasó cuando estas personas expertas oyeron la palabra de Jesús que les preguntó ‘Es lícito sanar en el día de reposo’ (Lc. 14:3)? **“Ellos callaron”**, dice el evangelio (Lc. 14:4). Callaron, pero no pidieron disculpas; quedaron avergonzados, pero no se arrepintieron; hicieron silencio, pero no reconocieron públicamente que Jesús decía la verdad y que les quería ayudar a pensar.

Pero, hermanos, hoy tenemos la oportunidad de enmendarnos. Tenemos la preciosa oportunidad que brinda el evangelio de Cristo a los que reconocen su pecado, su ignorancia, su falencia. Cristo el Señor se humilló a sí mismo en la cruz del calvario, para levantar y sacar del pecado y la muerte eterna a los perdidos pecadores. Dice la carta a los Hebreos que **“tenemos un altar... [donde el sumo sacerdote] Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera del campamento”** (Heb. 13:10a, 11, 12). El altar de la gracia, donde Dios mismo, Jesucristo, se humilló a sí mismo para morir por nuestros pecados, al dar su vida en cruz.

En su estado de humillación, nuestro Señor Jesús **“fue concebido por el Espíritu Santo; nació de la virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado”** (Credo Apostólico). Durante su vida terrenal, **“Cristo, según su naturaleza humana, no siempre ni completamente usaba la majestad divina comunicada a su naturaleza humana”** (CMe, Ex, preg. 144). Y en la cruz se humilló completamente, se vació de sí mismo, se entregó completamente, como una ofrenda, como un regalo, como un don, que entrega al mundo perdón y vida eterna. **“Cristo se humilló tanto, para redimirme a mí, hombre perdido y condenado”** (CMe Ex. Preg. 150). **“Cristo me ha redimido, rescatado y ganado de todos los pecados, de la muerte y del poder del diablo”** (CMe Ex. Preg. 151). Esto quiere decir que: 1) **“Cristo me ha librado de la culpa, del castigo, y del dominio del pecado”** (CMe Ex. Preg. 152); 2) **“Ya no necesito temer la muerte temporal, puesto que la muerte eterna no tiene poder sobre mí”** (CMe Ex. Preg. 153); 3) **“Cristo venció al diablo de tal manera que este ya no puede acusarme, pudiendo yo ahora victoriosamente resistir sus tentaciones”** (CMe Ex. Preg. 154).

2. Será enaltecido

Así que: **“Espera, oh Israel, en el Señor”** (Sal. 131:3), **“Afirma el corazón con la gracia, no con viandas”** (Heb. 13:9). **“Cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos”** (Lc. 14:14). **“Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando su vituperio”** (Heb. 13:13), es decir, aceptemos la cruz que nos toque llevar”. Y reconozcamos también que, al final, el cristiano será enaltecido por el Señor mismo. Como él dice: **“Para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba”** (Lc. 14:10), es decir, a la Jerusalén celestial. **“Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir”** (Heb. 13:14), de la cual vendrá a buscarnos nuestro Salvador Jesús, que **“es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”** (Heb. 13:8). Amén.